

Patricia Davolos*, Gabriel Fajn** y Ricardo Spaltenberg***

EPÍLOGO

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LA VUELTA DEL SIGLO: SISTEMA POLÍTICO, ESTRUCTURA SOCIOECONÓMICA Y ORGANIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

EN AÑOS RECIENTES se han producido en América Latina cambios de importancia en los escenarios políticos nacionales con relación al panorama imperante durante la década de los noventa. Fuerzas políticas que son referenciadas como progresistas al distanciarse de la ortodoxia neoliberal han comenzado a asumir los gobiernos de varios países de la región.

Previamente a la conformación de este escenario, la dinámica y las características de los conflictos que enfrentaron al neoliberalismo constituyeron una preocupación central en los debates. En efecto, en las últimas décadas llamó la atención de analistas y cientistas sociales la constitución de novedosos movimientos y formas de lucha que se fueron sumando a las ya existentes. El dinamismo y la fortaleza alcanzados por estas luchas –surgidas desde el corazón de los sectores que se vieron fuertemente marginalizados por la aplicación del modelo neoliberal– llegaron en ocasiones a opacar a aquellas que en épocas pasadas fueron expresión de las distintas conflictividades nacionales. Este proceso dio lugar al surgimiento de nuevas identidades sociales.

* Socióloga, Universidad de Buenos Aires. Tutora metodológica CLACSO/Asdi.

** Sociólogo, Universidad de Buenos Aires. Tutor metodológico CLACSO/Asdi.

*** Sociólogo, Universidad de Buenos Aires. Tutor metodológico CLACSO/Asdi.

Pero una vez instalados estos gobiernos denominados de centroizquierda o progresistas, comienzan a surgir nuevos dilemas e interrogantes. ¿Cuál es la relación entre las luchas de los movimientos y el giro progresista que fueron adoptando las políticas de gobierno en cada caso? ¿Están consiguiendo los movimientos ubicar sus luchas en el centro de las instituciones para transformarlas? ¿Qué tipo de relación establecen con las fuerzas políticas en el gobierno: tienden los movimientos a participar del Estado para impulsar sus demandas o siguen confrontando, manteniendo su autonomía? ¿Cuál es la relación que puede establecerse entre las tradiciones de los movimientos sociales de más larga data y aquellos más recientes surgidos al calor de las luchas y resistencias al neoliberalismo?

El nuevo panorama político convoca entonces a ampliar los marcos del debate, complejizando la mirada y examinando hasta qué punto estos espacios nacionales son comparables, más allá de presentar un conjunto de alternativas políticas que se alejan de los enunciados neoliberales más ortodoxos.

Por tanto, luego de cierta homogeneidad inicial dada por este cambio en el clima de época, el objetivo de este artículo es proporcionar algunas claves de lectura recurriendo a la historia para interpretar el diferencial de novedad del presente y el grado de heterogeneidad que puede establecerse entre países. La primera parte del trabajo expone algunos conceptos teóricos y dimensiones que consideramos centrales en relación con los condicionantes estructurales e institucionales en el marco de los cuales tienen lugar los conflictos, las modalidades organizativas y las redes de interacción social que dan forma a la acción colectiva. A continuación se efectúa un recorrido sobre los cambios históricos más importantes que tuvieron lugar en la región de acuerdo a las dimensiones teóricas planteadas. Se puntualiza sobre aquellos aspectos que dan relativa homogeneidad a una etapa, pero a su vez se efectúa una comparación entre trayectorias nacionales dando cuenta de la persistencia de heterogeneidades entre las mismas. Sobre este telón de fondo, se esboza una breve ilustración de las fuerzas gobernantes en la actualidad en la región a partir de su matriz ideológica, buscando llamar la atención sobre la diversidad de situaciones en cuanto a la relación entre movimientos sociales y sistema político. Por último, se presentan algunas consideraciones en torno a dimensiones ligadas a las formas de organización de los movimientos sociales.

ESTRUCTURAS SOCIALES Y REGÍMENES DE ACUMULACIÓN

La entrada por el sistema político es una manera de tematizar las relaciones entre Estado y sociedad civil, e identificar ciertas redes de relaciones sociales específicas desde las cuales interpretar los conflictos y los mo-

vimientos sociales. Otra dimensión de indagación o puerta de entrada fundamental está referida al ámbito de relaciones que dan cuenta de los conflictos vinculados a los procesos de reestructuración capitalista en una etapa histórica. Realizamos a continuación algunas consideraciones acerca del tipo de lectura teórica que nos parece fructífera en este ámbito.

Según Nun (1987), las transformaciones operadas en los procesos de acumulación de capital siempre son acompañadas por la conformación de una compleja red institucional, con prácticas e imágenes legitimadoras específicas, que van constituyendo un contexto social relativamente estable y predecible para favorecer este proceso. Una de las cuestiones básicas es la regulación de las relaciones entre capital y trabajo, por una parte, y entre las distintas fracciones de capital, por otra. Al entorno institucional específico dentro del cual se organizan las decisiones de inversión económicas, este autor lo denomina *régimen social de acumulación*, de tal modo que la sucesión histórica de diferentes regímenes define etapas sucesivas del desarrollo capitalista¹. Así como existe un régimen social de acumulación en el que se enfrentan y articulan diversas estrategias de acumulación, existe un *régimen político de gobierno* (ver Nun, 1987). En este espacio se enfrentan los actores con sus proyectos políticos en el marco de ciertos patrones de institucionalización partidaria y de representación política.

Este tipo de lectura del orden social retoma el análisis crítico que hace Polanyi del mercado autorregulado (o de la autonomización de la esfera de la economía), proponiendo un descentramiento a partir del cual el contexto político institucional y la ideología son constitutivos de la economía.

Consideramos que esta entrada conceptual permite vincular los enfoques que se centran sobre las características de un sistema y sus tendencias estructurales con aquellos que ponen el foco sobre los actores con sus estrategias y conflictos. La fase de consolidación de un régimen está implicando que un modo de institucionalización se vuelve sentido común y, por tanto, la forma dominante de acumular funciona como un “paradigma cultural” (Gouldner, 1978) en el sentido de que estas formas no son ya la expresión del interés de un grupo sino que funcionan como

1 Tanto para este autor como para las corrientes teóricas que tienen estrecha vinculación con estas definiciones, se entiende por *institución* un modo regular de hacer las cosas, una norma de las relaciones y las interacciones sociales. La escuela de Gordon et. al. (1986) denomina a las mismas *estructura social de acumulación*, mientras que la escuela de la regulación las denomina *modo de regulación*. Pero, para esta última, todo modo de regulación va asociado a un *régimen de acumulación* que intenta medir las diferencias cualitativas de los procesos de acumulación que se vuelven dominantes en las distintas etapas del capitalismo. Este último concepto no tiene contrapartida en la escuela de las *estructuras sociales de acumulación*. Para la escuela de la regulación, el par régimen de acumulación-modo de regulación conforma un *modo de desarrollo*.

visiones del mundo más o menos compartidas². Una vez verificada cierta estabilidad dinámica, las formas que va tomando la acumulación terminan por ser interiorizadas de forma intuitiva –aunque siempre de manera imperfecta– por los diferentes grupos sociales. La institución regresa así sobre las rivalidades sociales y las normaliza, borrando en su resultado las conflictividades que le dieron origen. Este proceso de naturalización es lo que las hace eficaces, al quitarles su historicidad como productos de la acción de los hombres. De esta manera, una forma de dominación hace posible una determinada forma de explotación, estructurándose diferentes etapas dentro de la acumulación capitalista.

La teoría social juega un indispensable rol en proveernos un “mapa” de nuestro contexto social. Si bien hay complejas mediaciones entre la teoría y el sentido común, esta juega un rol crítico en las percepciones populares de la realidad. La teoría aporta herramientas culturales para la interpretación de la vida social y, por tanto, tiene influencia en la lucha entre diferentes grupos de intereses por moldear las instituciones. A su vez, el resultado de estas luchas es él mismo influenciado en su interpretación.

Pero toda forma de institucionalización y principio de socialización siempre es parcial y contiene áreas de conflicto manifiesto e incertidumbre. Es decir que no todos los conflictos son normalizables, y ciertos sectores sociales quedan marginalizados de los acuerdos y negociaciones. Las demandas de estos sectores quedan insatisfechas, reservándose para los mismos el posible uso de la coerción. Sin embargo, en determinados momentos la difusión y magnitud de los conflictos puede jaquear la estabilidad del sistema, produciendo la crisis o desinstitucionalización de un régimen y la entrada a una nueva fase.

En los debates de las ciencias sociales, el mapa de la conflictividad en las sociedades capitalistas tiene su fundamento teórico desde la tradición marxista en la noción de contradicción y antagonismo en los intereses materiales, dado por las relaciones de explotación. Este constituye el terreno a partir del cual puede manifestarse como conflicto colectivamente organizado, o las fuerzas institucionales pueden mantener este antagonismo inhibido. Para la tradición weberiana, el supuesto es que las posiciones de clase representan sólo una de las bases posibles de la acción comunitaria. Existen otras bases sociales de la desigualdad (con igual jerarquía teórica) como por ejemplo la etnia, la religión o el

2 Según Gouldner, si bien las ideologías se nutren de los diferentes paradigmas culturales que sustentan diversos grupos sociales con experiencias compartidas, con el tiempo el paradigma ya no es más reconocido como la base de la ideología, se produce una *inversión*. “El paradigma es ahora considerado como un derivado de la ideología y como un *ejemplo* permisible o una inferencia lógica de la ideología y, *como tal*, ya no es expresión de un interés partidista, sino de un interés público general” (Gouldner, 1978: 278).

género, generadoras de intereses que pueden llevar a sostener actitudes similares y ser la base de acciones colectivas.

A continuación efectuamos un repaso de los procesos de acumulación desde comienzos de la industrialización en América Latina hasta la actualidad. El interés se centra en poner en relación las características centrales de estos procesos con el tipo de conflictos y movimientos sociales que resultaron dominantes en las diversas etapas.

Previamente a la consolidación del modelo neoliberal, el desarrollo capitalista latinoamericano estaba ya largamente signado por la heterogeneidad estructural, que agregaba complejidad a los excedentes de mano de obra y a los efectos que producía sobre el funcionamiento del sistema (Quijano, 2000; Cardoso, 1970; Nun et al., 1968). Esta “inadecuación” respecto al modelo de desarrollo clásico del capitalismo dio lugar a divisiones y segmentaciones de los mercados laborales, con altas tasas comparativas de desempleo, subempleo e informalidad. Inadecuación que tuvo importantes variaciones entre los casos nacionales: en algunos se constituye un mercado de trabajo formalmente más integrado en términos relativos y en otros esta integración es más débil, coexistiendo con una amplia periferia de formas no capitalistas de producción.

El paso del tiempo fue refutando la idea de que la población supernumeraria que iba quedando “al costado” del proceso de modernización era un problema transicional que se superaría con la intervención del Estado y el crecimiento económico. Sin embargo se advierten importantes diferencias respecto de las características con las que surgió la conocida discusión sobre la marginalidad propia de la fase monopolista de la acumulación de capital en América Latina³. Durante esa etapa las controversias en América Latina se centraron en dos cuestiones. Por un lado, discutir las tesis del aburguesamiento de los sectores obreros insertos en las empresas transnacionales con mejores salarios relativos y condiciones de trabajo. Por el otro, analizar las características de los sectores más excluidos o marginados del proceso de industrialización y su potencialidad y rol en los procesos de cambio social.

Desde mediados de los años sesenta comienza un período de intensificación de la conflictividad social, proveniente fundamentalmente (aunque no de manera exclusiva) de los sectores trabajadores organizados insertos en los polos más dinámicos de la economía. La dificultad de resolución de estos conflictos dentro de la institucionalidad vigente comienza a jaquear la estabilidad del régimen de acumulación de sustitución de importaciones.

3 Una recopilación nodal de esta polémica figura en Nun (2001).

Más allá de las crisis cíclicas que engendraba el propio modelo y de los objetivos declamados de combatir la inflación y la ineficiencia de la industria, los cambios que se comienzan a implementar tienen el objetivo político de poner en marcha un nuevo proyecto de dominación. Las medidas económicas que se van a ir implementando a lo largo de los años ochenta, cuya ejecución se profundiza en los noventa, producen cambios estructurales de tal magnitud que van a dificultar considerablemente la reedición de determinadas formas de organización y alianzas desde los sectores populares, y el “peligro” de su radicalización. Paralelamente a procesos represivos y de disciplinamiento social, se transformaba el esquema político institucional mutando las bases estructurales que le habían dado sustento.

En una nueva fase del capitalismo cambia el carácter de la discusión y la propia configuración del problema. Durante la hegemonía del modelo neoliberal, más allá de las diferencias entre los distintos países latinoamericanos, se producen modificaciones importantes en sus estructuras ocupacionales y se arrasa con los derechos sociales conseguidos en etapas previas. El nuevo modelo supone una redefinición del tipo de relaciones salariales que durante el período de sustitución de importaciones tuvieron al empleo formal como paradigma. Se disparan las tasas de desempleo, reduciéndose significativamente la proporción de ocupaciones protegidas y estables, que corresponden a su vez a los trabajadores más sindicalizados en el pasado. Esta situación –ampliamente documentada en la bibliografía sobre el tema– guarda una estrecha relación con los grados diversos de debilitamiento de los actores sindicales, centrales en la conflictividad de la etapa previa.

En este período, las inserciones atípicas, que venían siendo fuertemente asociadas al sector informal, también se extendieron al sector formal de la economía. Cobra así fuerza la noción de precariedad laboral. En forma genérica, la misma hace referencia a formas de contratación que permiten al capital reclutar o deshacerse de esta fuerza de trabajo con facilidad. Estos trabajadores se caracterizan por un vínculo asalariado lábil y, por tanto, sufren altos grados de intermitencia y rotación en la actividad laboral.

Los cambios comentados implicaron un cambio en la morfología de las clases sociales y procesos de empobrecimiento de sectores cada vez más amplios de la población. Sobre este horizonte, las disparidades de ingresos y de formas de contratación entre trabajadores se tradujeron en disparidades en el acceso a los servicios sociales, siendo el resultado general un permanente aumento de las desigualdades sociales. El Estado neoliberal definirá cada vez más su intervención a través de una batería de políticas sociales focalizadas hacia los sectores más vulnerabilizados y marginalizados. Las características y amplitud que fueron cobrando estos programas van a estar vinculadas a contener la conflictividad social.

Resurge de esta manera el tema alrededor de los excedentes de la fuerza de trabajo, los cuales se fueron transformando en permanentes, tendiendo a consolidar una masa marginal de dimensiones mayores con relación a períodos previos. Esta situación conllevó el debate acerca de la constitución de nuevos cortes en las clases populares, pero asociados no sólo a variables estructurales, sino también culturales y territoriales.

Las transformaciones operadas fueron abriendo nuevos interrogantes, ya no en torno al nivel de la dinámica de la acumulación y la estructura social en su conjunto, sino con relación al comportamiento colectivo de determinadas fracciones sociales, y en particular respecto de la erosión de la solidaridad horizontal entre los trabajadores, característica de la etapa previa. Es decir, interrogantes acerca de la correspondencia entre las transformaciones de este entramado y la estructuración de identidades, oposiciones, conflictos y desarrollo de redes organizativas de las clases y sectores populares.

Si bien de inspiración similar, el ajuste estructural y las políticas implementadas en cada caso llevaron a los gobiernos a enfrentar desafíos particulares, que traducían valores colectivos con mayor o menor raigambre en cada país. A medida que fue avanzando la década del noventa en América Latina, la capacidad de reabsorción de los conflictos fue menor, a la vez que los movimientos sociales y las resistencias cobraban mayor vigor. Algunas resistencias y conflictividades tuvieron una base más económica (o de grupo de interés que ve afectada su inserción económica); otras se situaron más en el plano cultural identitario, en directa vinculación con tradiciones que se ven amenazadas; otras, en cambio, se ubicaron decididamente en la lucha por un proyecto alternativo de equidad y justicia social para el conjunto social (Touraine, 1969).

ALGUNAS TRAYECTORIAS PARTICULARES

Sin pretender exhaustividad, es interesante detenerse en algunos casos para tener presente la heterogeneidad de las trayectorias nacionales. Por ejemplo, no todos los países han sufrido una estampida de la tasa de desocupación como fue el caso de Argentina, donde el asalariado formal industrial era una experiencia de socialización relativamente generalizada. Los derechos y la protección social construidos alrededor del trabajo asalariado constituían una situación dominante (aunque no exclusiva), ya que tendía a extenderse a la mayoría de la población. Los conflictos más dinámicos durante la etapa neoliberal en Argentina (piqueteros, fábricas recuperadas) estuvieron vinculados a las luchas de aquellos sectores de la población que habían estado integrados (o tenían memoria por generaciones próximas) a un mercado de trabajo formal frente al derrumbe generalizado de las protecciones que imponen las

altas tasas de desempleo. Se fueron desarrollando organizaciones sociales –con grandes diferencias en sus formas de construcción social y política– que por fuera de la relación salarial tradicional reclamaban medidas de política social y laboral sin recurrir a la intermediación de los sindicatos. El actual cambio en la coyuntura económica (crecimiento sostenido del PBI y del empleo luego de la más larga recesión registrada) vuelve a instalar en el centro de la escena a los conflictos sindicales, a través de los que tradicionalmente se manifestó la conflictividad social en Argentina, opacando –y hasta desarticulando en algunos casos– la dinámica que habían adquirido las nuevas formas de expresión del conflicto durante la hegemonía del neoliberalismo.

En el otro extremo, por así decirlo, encontramos sociedades históricamente aún más heterogéneas, con un fuerte peso de las economías campesinas y de población indígena, que contaban además con un número mayor de marginales urbanos –producto de la forma que fueron cobrando en esos espacios los procesos de urbanización e industrialización–, todo lo cual fue constituyendo sociedades con mercados y redes informales más extendidos. Ejemplos de ello son los países andinos y México, donde tuvieron gran importancia el movimiento campesino y la población indígena en la conflictividad y movilización social que encabezaron la resistencia política al proyecto neoliberal (Movimiento Zapatista, Cocaleros del Chapare, movimiento indígena ecuatoriano). A las antiguas marginalidades estructurales, se enlazan elementos culturales y étnicos ligados a los derechos de las nacionalidades indígenas y a su relación con la tierra y los recursos naturales.

Sin embargo, entre ellos también existen diferencias de importancia, como por ejemplo la influencia que tuvo el sindicalismo revolucionario de los mineros en las organizaciones campesinas que se desarrollaron en los últimos años en Bolivia. Esto marca una diferencia respecto de la trayectoria de los movimientos indígenas en Ecuador, cuya constitución identitaria está anclada con mayor fuerza en caracteres étnicos y culturales (Quijano, 2005).

Otro caso interesante a tomar en consideración es Brasil, que ha mantenido un proceso de industrialización dinámico, aunque paralelo a altos niveles de población excedentaria respecto de ese núcleo de desarrollo. En esta dirección se distancia de Argentina, donde el proceso de industrialización se inicia con altos niveles de incorporación de los sectores populares, hasta que a mediados de los años setenta comienza un proceso de desindustrialización de larga duración. En relación al proceso de industrialización al que hacíamos referencia, en Brasil, hasta fines de los años ochenta, tiene una creciente dinámica el nuevo sindicalismo (de inspiración clasista), si bien en los noventa se evidencia un proceso de mayor desmovilización al calor de procesos recesivos,

crecimiento del desempleo y flexibilización laboral. Sin embargo, habría que señalar que este caso a su vez se distancia de los procesos de fuerte crisis de representación que durante el período sufren los movimientos sindicales de algunos países de la región⁴, en los que aquellos tenían una larga tradición en la expresión de la conflictividad social. Paralelamente crecen en este país, con el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra, las luchas sociales de los trabajadores rurales contra la estructura latifundista, luchas que promueven fuertes articulaciones con los trabajadores de origen urbano, pero desplazados de la ciudad.

El éxito que ha tenido el neoliberalismo como proyecto político ha entrado en una nueva fase. Luego de una prolongada hegemonía, las políticas y las ideas que constituyeron su sustento se encuentran en forma generalizada a la defensiva. Sin embargo, los espacios nacionales están evidenciando formas diversas de continuidad y/o ruptura con el pasado que constatan articulaciones diferenciales entre los cambios que están sucediendo en los regímenes políticos de gobierno y aquellos cambios que se registran en los regímenes sociales de acumulación. Como muestra de ello, en el marco de procesos y sociedades más globalizadas, vemos consolidarse consensos y articulaciones regionales e internacionales que dan cuenta de estos cambios de orientación, a la vez que evidencian intereses y posiciones diferenciadas.

MOVIMIENTOS SOCIALES Y SISTEMAS POLÍTICOS

El breve recorrido efectuado hasta aquí tiene el interés de captar el “diferencial de novedad” de cada fase y cada caso. Una lectura en perspectiva histórica de procesos estructurales y tradiciones organizativas asociadas de larga duración hace posible comprender el presente como portador de una herencia que pone su impronta en el horizonte de alternativas políticas futuras.

Comenzaremos examinando la situación de países en los que han accedido al poder fuerzas políticas que se distancian de la doctrina neoliberal a partir de orientaciones ligadas –según los casos– a tradiciones de izquierda, socialistas, nacional populares; luego examinaremos la situación en países donde se mantienen gobiernos más conservadores, que establecen fuertes continuidades con el pasado.

Brasil y Bolivia son dos países de la región con movimientos sociales populares que han dado muestras de fortaleza y perdurabilidad. Su parecido se basa en la consolidación de organizaciones sociales con cobertura nacional, constituyéndose en experiencias en las que llegan

⁴ Ver las definiciones de *cooptación subordinada* en Zapata (2004) y de *sindicalismo empresario* en Murillo (1997).

al poder fuerzas políticas vinculadas estrechamente a movimientos sociales preexistentes.

Pero rápidamente encontramos diferencias por demás significativas. En Brasil estamos en presencia de un sistema político relativamente estable desde hace más de dos décadas, donde la fuerza política que accede al gobierno forma ya parte del elenco estable del mismo. A la vez, el abandono de ciertos compromisos iniciales más radicales de transformación, junto con el privilegio otorgado a la continuidad en la aplicación de políticas de mercado, comenzó a trazar puntos de conflicto con las distintas organizaciones sociales que constituyeron por largo tiempo la base social del partido ahora en el gobierno. Esto fue particularmente notorio en relación con el movimiento social más importante y dinámico de Brasil, el Movimiento de Trabajadores sin Tierra, que entró de este modo en un proceso de reafirmación de su autonomía.

En Bolivia, en el marco de una profunda crisis política, accede al gobierno una fuerza de reciente conformación pero de emergencia anterior a la crisis. Lo que hoy constituye el Movimiento al Socialismo (MAS) se conformó primero como movimiento gremial y luego como organización política. La militancia de origen del MAS, compuesta por campesinos medios cocaleros de comunidades agrarias de más reciente formación (García Linera, 2006), ha logrado expandir alianzas con otros movimientos sociales, superando la fragmentación política existente en el pasado en los sectores populares. Sobre esta alianza de movimientos como base social y apelando a la tradición nacional popular, el actual gobierno avanza en la generación de cambios en lo que respecta a políticas que produzcan mayor inclusión social y económica. Pero también avanza sobre transformaciones en las reglas constitutivas de gobierno a partir de nuevas bases de soberanía en torno al reconocimiento de la diversidad cultural, regional y étnica.

Pasemos ahora a considerar la situación de los países gobernados por fuerzas con orientaciones antineoliberales, o identificadas en sus orígenes con tradiciones de izquierda, pero vinculadas a movimientos sociales cuya expresión, fortaleza y grados de autonomía son considerablemente más débiles que en los casos anteriores.

Esta podría ser, por ejemplo, la situación de Uruguay, Chile y Venezuela. Pero nuevamente la trayectoria de sus sistemas políticos y de la matriz ideológica de las fuerzas políticas en el poder marca fuertes diferencias. En Uruguay nos encontramos con un sistema político estable y fuertemente institucionalizado, donde la fuerza política gobernante está largamente integrada al sistema y a las reglas de la democracia liberal. Chile, al igual que Uruguay, presenta una relativa debilidad de los movimientos sociales y un sistema político estable. En ambos casos se advierte una tensión impuesta por las restricciones heredadas de la

etapa previa, sobre todo en lo que respecta al modelo económico. En el caso chileno la continuidad de la coalición gobernante muestra una aún menos clara vocación de romper con, o comenzar a poner en cuestión, las orientaciones neoliberales.

En Venezuela, por el contrario, en el marco de una prolongada crisis del sistema político y la directa desarticulación de los partidos políticos tradicionales, emerge una nueva fuerza que va a materializar un profundo enfrentamiento entre dos bloques sociales. Aunque todavía es discutible si en este caso el conjunto de políticas implementadas llega a constituir un modelo de desarrollo alternativo al neoliberalismo, se han implementado cambios importantes a partir de una matriz que se suele definir como populista en tanto coexisten tendencias a la ruptura y a la integración con el sistema y un estilo de hacer política que marca distancias con el pluralismo liberal⁵. La base social de estas transformaciones –además del peso del liderazgo personal de Chávez– se centra en los sectores históricamente más excluidos y menos organizados de la población. En el contexto de intensas resistencias, estos sectores han comenzado a generar formas organizativas y canales de participación propios en el marco de políticas sociales e institucionales que les otorgan protagonismo. Dado que la consolidación de estos mecanismos de control y participación popular es endeble, constituyen todavía un desafío. La debilidad de las organizaciones sociales frente al peso de las políticas y el poder del Estado otorga mayor grado de autonomía a la fuerza gobernante.

Otras situaciones a considerar, en cuanto a la conjugación de la situación del sistema político, la orientación de las fuerzas políticas gobernantes, las características de los movimientos sociales y su vinculación con las fuerzas precedentes, son los casos de Argentina y México. Estos últimos presentan, aunque por distintas razones, características intermedias.

La Argentina, luego de atravesar una fuerte crisis política, social y económica, junto con una masiva irrupción de movimientos sociales de vieja tradición y de nuevo cuño, produce una salida de la crisis con efectos desconcertantes para cualquier análisis lineal. Del mismo partido que llevó adelante la reforma neoliberal de la década del noventa –una de las más radicales, con mayores consecuencias estructurales y respon-

5 En términos amplios, el populismo provee un contexto para la persecución de ciertos intereses de clase y puede ser visto como un tipo de formación de clase que forja lazos solidarios entre la clase trabajadora y ciertas otras posiciones de clase (pequeña burguesía, pequeños propietarios rurales, etc.). Pero el término “populismo” ha sido permanentemente escenario de disputas teóricas en base a múltiples criterios de definición –ver en Aboy Carlés (2001) el interesante recorrido que efectúa el autor respecto a este debate. De esta manera, diversas aproximaciones advierten que el mismo constituye una tensión entre ruptura e integración. Otras aproximaciones, por ejemplo, ponen el énfasis en lo institucional, dado que el estilo de hacer política establece contrastes con la democracia liberal pluralista.

sabilidad en la crisis posterior— surge un gobierno que —a partir de una mayor intervención reguladora del Estado— tiende a asumir posiciones contrarias a las neoliberales. A partir de una rápida rearticulación del peronismo tras la crisis, la fuerza gobernante adopta ahora un carácter progresista (a partir de un nuevo marco de alianzas) que comienza a expresarse más claramente con posterioridad a su asunción, lo que le va a ir otorgando márgenes más elevados de legitimidad luego de la debilidad de origen con la que emerge de las urnas. La paradoja que implica esta creciente capacidad de poder se conjuga con un acelerado opacamiento de los movimientos sociales y sus expresiones organizativas. Los mismos pasan de un inusitado dinamismo en el período previo a ser desarticulados o cooptados por la fuerza gobernante, o van perdiendo capacidad de acción frente a las políticas públicas que comienzan a revertir largos años de recesión y constantes aumentos del desempleo abierto.

En México, en cambio, nos encontramos con un sistema político inmerso en una transición controlada, que sale de un régimen de partido hegemónico a partir del triunfo de los sectores más conservadores. Por otra parte, si bien México fue escenario en la década del noventa de la irrupción del zapatismo, uno de los movimientos más innovadores de la época, su fortaleza sigue estando limitada por la dificultad de una proyección y organización a nivel nacional. A ello se suma una débil vinculación con el partido político que expresa las posiciones más progresistas.

Para finalizar este breve mapeo, es interesante tomar en consideración las situaciones de Perú y Ecuador. En ambos casos también hay o hubo hasta hace poco fuerzas políticas de corte conservador en el gobierno, pero nos encontramos aquí con casos de sistemas políticos en crisis, de gran inestabilidad o escasa tradición partidaria. Desde estos rasgos compartidos puede pensarse en las consecuencias que, en contraste con la situación de mayor debilidad organizativa que existe en Perú, tiene la presencia de un movimiento indígena potente para la trayectoria del caso ecuatoriano. En efecto, si durante la etapa de reformas neoliberales la ausencia de una base social de sustentación duradera redundó en grandes dificultades para implementar el proyecto de reestructuración capitalista desde los sectores dominantes, desde el movimiento indígena la ausencia de expresiones políticas propias llevó a brindar su apoyo a sucesivas alternativas electorales que concluyeron en repetidos fracasos. Tales elementos permiten comprender la emergencia de un gobierno como el actual que, abierto a los reclamos de los movimientos, obtiene a cambio una base de sustentación para su desempeño.

Es probable que en aquellos países con regímenes políticos más consolidados, los partidos o coaliciones gobernantes tengan menos margen para introducir cambios abruptos o más radicales. Por el contrario, allí donde se atravesó una fuerte crisis política (Bolivia, Venezuela,

Argentina), el margen de maniobra aparece acrecentado. Finalmente, allí donde gobiernan fuerzas conservadoras, subsisten situaciones de crisis política y las expresiones populares están más débilmente organizadas (como es el caso de Perú), la trayectoria de los conflictos es menos predecible o estructurada.

En este punto hemos intentado exponer brevemente, de una manera “impresionista”, el cuadro de la heterogeneidad de situaciones con que nos encontramos, tomando por referencia tan sólo algunos rasgos vinculados al sistema político y los movimientos sociales. Resulta claro que, para iluminar la especificidad de los procesos involucrados en cada situación, es necesaria una tematización más profunda en términos de las características que asumen los regímenes políticos de gobierno en cada caso. Debería determinarse con mayor claridad aún el nivel de estabilidad que alcanzaron las instituciones y prácticas políticas; su composición específica; si predomina en su trayectoria una lógica inclusiva, de consenso, o bien una coercitiva, excluyente; así como las características de los actores y proyectos políticos que se enfrentan en su interior.

ACCIÓN COLECTIVA Y MODALIDADES DE ORGANIZACIÓN

Los efectos del neoliberalismo nos hacen volver a reflexionar sobre otro problema clásico de las ciencias sociales: la relación entre integración y conflicto. O entre las estrategias y redes de supervivencia frente a los procesos de desintegración social y la emergencia de nuevas formas de organización y acción colectiva en la reivindicación de derechos.

La inscripción territorial –por tanto– adquiere una especial preponderancia, como forma novedosa, en aquellas sociedades que en el pasado se caracterizaban por una mayor integración de sus clases populares al mercado de trabajo formal, por lo que sus intereses se canalizaban a partir de formas de organización ligadas a lo laboral. La desarticulación de los vínculos estructurados alrededor del mundo laboral hace que el “territorio” adquiera una preponderancia significativa como campo de recomposición de solidaridades, y en el reagrupamiento de luchas y resistencias. De esta forma, el surgimiento de nuevos movimientos está vinculado a la fragmentación y recomposición de la clase obrera y de los sectores subalternos, que articulan las determinaciones económicas con sus intereses particulares y rasgos específicos. En Argentina, por ejemplo, el Movimiento de Trabajadores Desocupados y el Movimiento de Empresas Recuperadas refieren a fragmentos y desarticulaciones del viejo movimiento obrero organizado. Particularmente, el Movimiento de Trabajadores Desocupados grafica claramente el cruce de la acción colectiva y la inscripción territorial.

En sociedades con proporciones relativamente más altas de marginalidad urbana y rural de más larga data, las redes ligadas al territorio tenían mayor tradición.

El espacio territorial se fue constituyendo en espacio de disputas entre formas típicamente clientelares de negociación con las instituciones estatales y las redes locales de los partidos tradicionales, por una lado, y nuevas organizaciones sociales que intentaron poner en práctica formas más autónomas y horizontales de ejercicio democrático, por otro.

Finalmente, en el marco del crecimiento de la pobreza, las desigualdades sociales y la exclusión, también otras estrategias y redes de adaptación más cercanas a la criminalidad han coexistido y crecido en las últimas décadas.

Además de la dimensión territorial, la discusión alrededor de la autonomía y la autogestión resultan ejes centrales que hacen a las modalidades organizativas y de construcción de los movimientos sociales, cuyos antecedentes históricos es interesante repasar.

UN POCO DE HISTORIA

Entre los teóricos revolucionarios y de la izquierda más moderada se destacan tres vertientes que ponen de relieve aspectos sensibles de las modalidades organizativas, en correspondencia con los objetivos y estrategias de las luchas políticas y sociales.

UTOPISTAS Y COOPERATIVISTAS

La forma cooperativa aparece como una estructura básica reactualizada y puesta en funcionamiento por los más diversos movimientos. Las cooperativas suelen ser la modalidad organizativa que eligen los distintos actores emergentes para poner en marcha emprendimientos productivos propios. Tanto los zapatistas como el MST en Brasil desarrollaron organizaciones cooperativas. El chavismo en Venezuela impulsa miles de cooperativas al calor del Estado, y las fábricas recuperadas en Argentina, Uruguay y Brasil reúnen un conglomerado de cooperativas de trabajo. El formato organizativo de la cooperativa puede ser vaciado y utilizado sólo como recurso jurídico para lograr beneficios de exención impositiva o, por el contrario, puede constituirse como una herramienta que potencie la acción colectiva. Tal vez debamos hablar de un “nuevo cooperativismo” que no proviene del movimiento cooperativo histórico –fuertemente institucionalizado– sino que está atravesado por la lucha de los movimientos sociales emergentes, que lo impregnan de la dinámica y los intereses de la conflictividad específica.

Una referencia histórica un tanto olvidada en los debates en torno a la autogestión es la de los pensadores utopistas y las experiencias que –con mayor o menor suerte– resultaron en reordenamientos organizacionales fundados en principios y prácticas colectivas, democráticas y autonomistas.

Más de un centenar de comunidades socialistas o asociacionistas se establecieron en el siglo XIX en Estados Unidos. El mismo Owen se dirigió a EE.UU. y lideró la Colonia de New Harmony que, al igual que el falansterio de Oneida, avanzó en breve tiempo en innovaciones fundamentales en las diferentes esferas sociales. Esto se manifiesta en los avances laborales (la rotación de tareas, la polivalencia de las funciones); la mayor libertad de la sexualidad y la constitución de formas complejas familiares; la educación; las innovaciones científicas y técnicas; y el desarrollo artístico de los miembros de las comunidades.

Muchas de estas experiencias tuvieron una duración breve, y casi ninguna ha sobrevivido al paso del tiempo. Discípulos y seguidores de Saint-Simon, Fourier, Proudhon, Owen y otros pensadores utopistas edificaron en América Latina durante el siglo XIX comunidades utopistas de distinto signo. Brasil, México, Perú, Paraguay y Argentina, entre otros países, contaron con experiencias de este tipo.

Las influencias de estos pensadores utopistas, y las experiencias tempranas que suscitaron, marcaron una huella en el pensamiento autogestivo y resultaron una fecunda fuente de inspiración para movimientos de distinto signo que durante el siglo XX intentaron constituir comunidades autónomas y autorreguladas.

EL PENSAMIENTO LIBERTARIO

Proudhon es uno de los primeros pensadores anarquistas que coloca en el centro de sus reflexiones un modelo autogestivo de sociedad. Opuesto al poder centralizado del Estado, propone la propiedad colectiva social organizada en asociaciones de trabajadores, en una federación de diversos grupos obreros. A lo largo de varias décadas el pensamiento libertario fue enriquecido por sus referentes y líderes más importantes, como Bakunin, Kropotkin, Malatesta y otros, quienes mantuvieron viva la lucha revolucionaria contra el sistema capitalista y la opresión del Estado.

Es importante destacar que en los períodos más intensos de lucha revolucionaria y de edificación de nuevos modelos de organización social el pensamiento libertario jugó un rol relevante tanto en la lucha emancipatoria como en las alternativas propuestas en torno a las formas autogestivas de las comunidades agrarias y de las empresas gestionadas por los trabajadores. Son ricos e intensos los debates de los anarquistas rusos en torno a la constitución de los *soviets* en los primeros años de la Revolución Rusa, como así también los de los anarquistas italianos con relación a las polémicas que tuvieron con Gramsci sobre las propuestas consejistas y de control obrero en las luchas que emprendían los obreros italianos. Sin embargo, la experiencia española, tempranamente interrumpida por la guerra civil, fue el espacio social donde el pensamiento libertario y sus organizaciones jugaron un rol destacado

en las transformaciones sociales que se intentó poner en marcha. Aquí nuevamente estuvieron presentes con intensidad los debates entre las distintas posiciones revolucionarias sobre la colectivización agraria y el control obrero de la producción; y, frente a las propuestas más estatistas y centralizadoras, los libertarios propugnaron siempre modalidades de organización local, autonomistas y autogestivas.

CONSEJISMO Y CONTROL OBRERO

Al interior del marxismo se produjo un fuerte debate –más allá del papel de las vanguardias, la creación del partido revolucionario o la conformación de las representaciones sindicales– en torno a la formación del control obrero o de los consejos obreros. Para la tradición marxista que se desarrolla al calor de las luchas de las primeras décadas del siglo XX, las propuestas de control obrero no son institucionalizables por el capitalismo, no aceptan ser asimiladas a sus estructuras, ya que se asientan sobre rasgos políticos y organizativos autónomos en tránsito hacia un nuevo tipo de sociedad.

Las orientaciones políticas de los pensadores marxistas de la primera mitad del siglo XX son más refractarias a las experiencias productivas que adopten estrategias de participación en el mercado, debido a los riesgos latentes que conllevaría la integración al sistema. Desde este ángulo, y tal como lo expresaba Rosa Luxemburgo, no hay margen para sustentar emprendimientos económicos independientes que convivan con el sistema capitalista, no hay posibilidades de revertir molecularmente el sistema social –como especula el movimiento cooperativo– por medio de reformas parciales, o de generar una economía paralela.

Tales críticas al cooperativismo se corresponden con las perspectivas del marxismo consejista, que rechazan toda posibilidad de institucionalización y de convertirse, aunque sólo sea por un período transitorio, en una parte integrante del sistema, porque su integración implica necesariamente su degeneración (Mandel, 1970). Allí aparece un punto irreconciliable entre ambas posiciones (cooperativismo/consejismo), relacionado con la integración o no al sistema, y con el carácter revolucionario que adquiere la organización (el consejismo) como forma transitoria hacia un nuevo tipo de sociedad socialista.

En torno a lo que indica Rosa Luxemburgo, los emprendimientos colectivos de carácter asociativo son productores de mercancías y necesariamente intercambian sus productos en el mercado, lo que tendrá como consecuencia que estén sujetos a las irracionalidades y oscilaciones que en este se producen. Así, participan de la competencia, cuyas reglas están definidas por las empresas privadas dominantes y cuyo funcionamiento está determinado por las leyes de valorización del capital.

Experiencias recientes de la historia latinoamericana ligadas a la “autonomía” que no ponen en el Estado el eje de su estrategia de cambio social han sido confrontadas y criticadas por la izquierda partidaria predominante bajo la observación de cierta imposibilidad de construcción de espacios amplios. Establecer formas de coordinación abarcativas, construir un modelo con un grado mínimo de integración, sostener prácticas más horizontales y directas del ejercicio democrático son cuestiones que abren el debate en torno a la forma de intervención en el escenario político.

Lo cierto es que los cambios más recientes en la dirección del Estado en los gobiernos de centroizquierda o progresistas afectan a los movimientos sociales y tienden a quebrantar sus bases sociales, provocando diversos grados de desajuste y dilemas en su seno.

Es esperable que estas rutas de discusión acerca de la relación entre los movimientos sociales en el nuevo escenario político, o la relación entre cambios en el régimen de gobierno y en el régimen de acumulación, enriquecidas por las especificidades nacionales, se profundicen en la actualidad al calor de los acontecimientos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, Gerardo 2001 “Repensando el populismo”, Ponencia para el XXIII Congreso Internacional Latin American Studies Association, Washington DC, 6 al 8 de septiembre.
- Cardoso, Fernando Henrique 1970 “Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (Santiago de Chile: ELAS-ICIS) N° 1-2.
- Castel, Robert 1994 *La desestabilización de la condición salarial* (Argentina: Alternativas Económicas).
- Crozier, Michel y Friedberg, Erhard 1990 *El actor y el sistema* (México DF: Alianza).
- García Linera, Álvaro 2006 “La política de los movimientos sociales en Bolivia” en *Íconos* (Quito) N° 5.
- Gordon, David; Edwards, Richard y Reich, Michael 1986 *Trabajo segmentado, trabajadores divididos* (Madrid: MTSS).
- Gouldner, Alvin 1978 *La dialéctica de la ideología y la tecnología. Los orígenes, la gramática y el futuro de la ideología* (Madrid: Alianza).
- Luxemburgo, Rosa 1975 *Reforma o revolución* (Barcelona: Fontamara).

- Mandel, Ernest 1970 *Control obrero, consejos obreros, autogestión* (México DF: Era).
- Marc, Maurice y Sélér, Silvestre 1987 *Política de educación y organización industrial en Francia y Alemania. Aproximación a un análisis societal* (Madrid: MTSS).
- Melucci, Alberto 1994 "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales" en *Zona Abierta* (Madrid) N° 69.
- Murillo, María Victoria 1997 "La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 37, N° 147.
- Nun, José 1987 *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur).
- Nun, José 2001 *Marginalidad y exclusión social* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Nun, José; Murmis, Miguel y Marín, Juan Carlos 1968 "La marginalidad en América Latina. Informe preliminar", Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, diciembre.
- Polanyi, Karl 1947 *La gran transformación* (Buenos Aires: Claridad).
- Quijano, Aníbal 2000 "Marginalidad e informalidad en debate" en *Revista Memoria* (México DF) N° 131, enero.
- Quijano, Aníbal 2005 "Estado-nación y movimientos indígenas en la región andina" en *OSAL* (Buenos Aires) N°16.
- Rosanvallon, Pierre 1995 *La nueva cuestión social* (Buenos Aires: Manantial).
- Thompson, Edward 1989 *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Barcelona: Crítica).
- Thwaites Rey, Mabel 2003 "Autogestión social y nueva organización del trabajo. La autonomía como mito y como posibilidad", mimeo.
- Touraine, Alain 1969 *Sociología de la acción* (Barcelona: Ariel).
- Vieitez, Candido y Dal Ri, Neusa 2001 *Trabajo asociado: cooperativas y empresas de autogestión* (Río de Janeiro: DP&A).
- Zapata, Francisco 2004 "¿Crisis del sindicalismo en América Latina?" en <<http://www.iisg.nl/labouragain/documents/zapata/pdf>> fecha de acceso marzo de 2006.